

Profecía Envejeida

ERASE una isla llamada Ceilan, que colgaba como una gota debajo de la península del Indostán; sus casi siete millones de habitantes sufrían toda clase de enfermedades y peste, hasta el día en que llegaron de Occidente los ángeles buenos de la Organización Mundial de la Salud. Presurosos, discretos y eficientes, detestaron la isla entera, y, ¡oh milagro de la ciencia!, el promedio de vida aumentó de golpe en catorce años. De tal modo que cada ceilanés compró catorce años de vida por cincuenta centavos de dólar, en una de las operaciones comerciales más exitosas del siglo.

Hasta aquí esta fábula moderna podría haber sido contada en "Secciones". Pero tiene un sabor: desde esa fecha los ceilaneses viven catorce años más, se reproducen con mayor comodidad y rapidez, y se mueven parénticamente de hambre pues sus recursos económicos no alcanzan a suvenir las necesidades nuevas de esta población aumentada. Por lo tanto, sí, por lo tanto, se trata de un país "neutralista" con una fuerte inclinación hacia el comunismo.

De esta fábula ha partido Aldous Huxley para revisar, a veintiseis años de uno de sus libros más deprimentes de esta época —Un mundo feliz—, la forma en que ha ido cumpliéndose su siniestra utopía: "Las profecías que hice en 1931 se están haciendo realidad mucho más pronto de lo que pensé. La familia de la organización total, que se situaba en el siglo VII después de Ford, ha surgido del imocuo y remoto futuro y nos está esperando ahí mismo, a la vuelta de la esquina". De tal manera que estamos a la puerta de aquello que irónicamente se llamaba "un mundo feliz" y ya es hora de que, como el Salvaje de su novela, nos vayamos buscando una isla de "anormales" para sobrevivir contemplando melancólicamente el hormiguero automático en que se convertiría la sociedad humana.

La mecánica del pensamiento de Huxley es muy simple y ya conocida: el gran problema característico de nuestro tiempo no es para él la "era atómica" o la "era espacial", sino la "era de la superpoblación"; de acuerdo a este ritmo obsesivamente: el primer día de Navidad la población del planeta era de 250 millones; dieciséis siglos después, cuando el desembarco en los Fergineros, era de 500 millones; dos siglos después aumentó a 700, "en 1931 cuando yo estaba escribiendo—"Un Mundo feliz" andaba cerca de los dos mil millones. Hoy, cerca de treinta años después, hay dos mil ochocientos millones de nosotros". Todos los años aumentan en 43 millones de modo que al iniciarse el año 2000 andaremos por los 3.000 millones de habitantes; si para esa fecha quedan iglesias, seguirán oponiéndose a los métodos anticonceptivos; si para esa fecha quedan liberales, seguirán indignados con la orgánica y orgánica masiva de la sociedad; si para esa fecha quedan hombres —la bomba atómica es el gran quitanubes—, seguirán quejándose de la falta de libertad.

La consecuencia de este aumento vertiginoso de la población en la segunda etapa purpúrea creciente y "allí donde la vida económica de una nación se hace precaria, el gobierno central se ve obligado a asumir responsabilidades adicionales para el bienestar general... Se concentra cada vez más poder en las manos del Ejecutivo y de sus administradores burocráticos, pero la naturaleza del poder es tal que hasta aquellos que no lo han buscado, sino que han tenido necesariamente que aceptarlo, se sienten inclinados a aumentarlo, más y más". De ahí la pérdida inmediata de libertad, que permite a Huxley esa profecía orgullosa: "La probabilidad de que el exceso de población lleve, a través de la solución, a la dictadura, se convierte en una certidumbre virtual. No se corre mucho riesgo apostando a que, dentro de veinte años, todos los países excesivamente poblados y poco desarrollados del mundo estarán bajo una u

otra forma de gobierno totalitario, probablemente del partido comunista".

Este viaje sin regreso hacia la dictadura y la masificación de la sociedad es patrimonio exclusivo de los comunistas, señala Huxley, sino que se produce parénticamente en el mundo entero, por encima de las diferencias ideológicas, y es así que encuentra en los Estados Unidos un idéntico proceso debido a la producción en masa y a la concentración del poder en reducidas manos. "Una democracia capitalista, como la de los Estados Unidos, suele ser gobernada por lo que el profesor C. Wright Mills ha llamado la Elite del Poder". Esta Elite procura directamente ocupación a varios millones de obreros, comercios y varios millones de trabajadores, domina a muchos millones más prestándose dinero para la compra de lo que ella concibe como el diseño de los medios de comunicación —la prensa, la radio, el pensar, el sentir y el obrar de virtualmente todo el mundo. Perodiando la frase de Winston Churchill, podríamos decir que nunca tantos han sido manipulados por tan pocos".

La mayor parte de su libro está dedicado a un proceso de autodestrucción de la democracia por obra de la concentración del capital en la gran empresa que es a su vez consecuencia de la tecnología, que es a su vez consecuencia de la superpoblación. Siete de los doce capítulos se consagran al estudio de la persuasión de las masas mediante una propaganda de ideas equiparadas a la propaganda de los productos comerciales, y utilizando los mismos sistemas sentimentales y no racionales que ya analizó Frank en su libro sobre la censura de la propaganda. "Hace sólo cincuenta años, todo país democrático podía jactarse de un gran número de pequeños diarios y de periódicos locales. Miles de periódicos expresaban miles de opiniones independientes. Actualmente la prensa sigue siendo legalmente libre, pero los pequeños casi han desaparecido. En el Este totalitario hay censura política y los medios de comunicación en masa dominados por el Estado. En el centro hay censura de la información y los medios de comunicación en masa están dominados por los miembros de la Elite del Poder". A ello se agrega la explotación de la "infinita sed de diversiones" para adormecer a los pueblos, el uso de ciertas espectaculares formas religiosas de sometimiento de los espíritus que usan Hitler y usan las dictaduras y las democracias, y luego los sistemas más directos y científicos del "lavado de cerebros". La "persuasión química" la "corrosión sucesiva" y la "hipnopedia" son estas últimas en un progresivo desarrollo.

Huxley no sólo busca demostrar bajo las formas del ensayo la exactitud de sus predicciones novelescas, sino que, a imagen de aquella Juana de Arco que demandó la legitimidad de sus visiones celestiales y desconfiaba de las visiones de otras iluminadas de la época, busca destruir las profecías de un competidor que le salió a mitad de camino: George Orwell y su 1984. Explicar la violencia y el horror brutales de este libro como derivación de la era staliniana y de la era fascista, y justificar los métodos de persuasión y el cientificismo de su propio libro. Un mundo feliz, como más reales y correspondientes al desarrollo de la tecnología moderna y de la mayor y más inteligente habilidad de los gobernantes modernos.

De ahí su larga demostración de cómo aquella invención puramente especulativa que hizo Poetzl en 1915 con el taquiscopio y la proyección subliminal, si es en manos de los grandes empresarios comerciales y políticos se ha transformado en un sistema suave y efectiva para dominar las mentes humanas, do-



mentarlas sin violencia para que acepten que "nada mejor que la coca-cola" o "el socialismo hieses". De ahí su larga ejemplificación con el empleo de la "hipnopedia" que parece haber alcanzado en Estados Unidos la etapa industrial. "Se hallan en el mercado discos para el alivio de la tensión y la inducción de una serenidad reparadora; discos para promover la confianza en sí mismos, discos para aumentar nuestros atractivos y hacer nuestra personalidad más magnética", que dulcemente repiten durante el sueño del paciente a través del microfono colocado en la almohada: "El chocolate me deja frío, los bollos no me atraen mucho ni poco, qué simpático soy, nadie se me resiste".

Y sin embargo este no es un libro desconcertador. Lo es la reseña de los métodos masivos del siglo ejercidos por una élite capitalista y estatal para domesticar el gran rebano humano, pero cuando Huxley se adelanta a preguntarse "¿Qué puede hacerse?" y a hablar de una "Educación para la libertad" repentinamente pone de manifiesto un pensamiento que abreva en las formas de la democracia liberal, en el optimismo individualista de los hombres del XVIII, y que en el lenguaje de creer posible la recuperación de la felicidad del liberalismo que debía saber que corresponde a una clase social establecida sobre la explotación de otra. O cuando le espanta la superpoblación y aboga por una restricción drástica de los nacimientos parece no comprender que eso acarrea obligadamente una concentración del poder mundial y una planificación rigurosa, lo que a su vez, dentro de su demostración, establece la dictadura.

Ocurro que el brillante crítico que es Huxley no tiene soluciones que correspondan a los reales problemas de la época, que contempla desde una perspectiva invencible y, sobre todo, desde una evidente carencia de formación social. Es cetero al nombrar peligros, al caracterizar injusticias, pero descuida la mayor, la de los pueblos que carecen de alimentación y de cultura y las reclaman. En definitiva, desconoce no está muy lejos del "despotismo ilustrado" del XVIII, pero con eso está cerrando su ciclo positivo de escritor y estudioso de la época ya que vuelve a mirar a los hombres a través de los binoculares desde la intelectual, racionalista organización de su gabinete de trabajo. Su "nueva visita a un mundo feliz" es un semillero de acusaciones a tener en cuenta, nada más, porque se nos presenta como un "retorno a las fuentes" más inteligente y más viable que la abrupta regresión que ha postulado Lanzel del Vasto.

Acaba de aparecer
el N° 2 de la Revista

7 POETAS HISPANOAMERICANOS

Poemas de
Circe Maia
Efraim Barquero
Washington Benavides
Elsa Lira Gaiero
Nancy Baccio

Carátula de
J. P. Costigliolo
Ilustraciones de
Carlos Carvalho